

EDITORIAL

EL PRECIO DE MORIR

En los países del tercero y cuarto mundos, eufemísticamente calificados como “en vías de desarrollo”, ha existido desde siempre un problema que crece cotidianamente: se trata del costo de los servicios funerarios.

Es falso que frente a la muerte haya igualdad entre los seres humanos, por el contrario, en ese momento es cuando se hace más ostensible la diferencia de clases; el rico y el que tuvo poder político “disfrutarán” de un funeral suntuoso y hasta de un monumento, que rara vez va de acuerdo con sus merecimientos; quien goza de cierta protección social podrá aspirar a lo indispensable, pero la gran masa de la población que muere rodeada de carencias, difícilmente puede costear el sepelio más humilde y deberá recurrir a la caridad pública o a la oficial, y la familia sufrirá todos los dolores que se suman a la muerte del ser querido.

En torno a la muerte ha florecido un jugoso comercio, la urgencia de dar sepultura o incinerar un cuerpo que se descompone rápidamente, que no puede ser guardado en una alacena o en algún otro lugar en espera de conseguir recursos para inhumarlo, hace que en ese momento se recurra a todo. La familia pudiente saca a relucir sus medios para comprar un lujoso estuche que al fin y al cabo va a ser enterrado y lucirá sus finos acabados sólo durante unas horas en una sala mortuoria elegante, ante distinguida y numerosa concurrencia de rostro grave. Después se integrará un cortejo que recorrerá lentamente el camino al cementerio, y con gran pompa el féretro será depositado en el regazo de la Madre Tierra en medio de una ceremonia imponente y vistosa. A su tiempo se construirá el mausoleo que perpetuará su memoria y acentuará su abolengo. Después del sepelio vendrán más ceremonias religiosas que dan oportunidad a las damas elegantes de lucir ropa y joyas acordes con la ocasión. Los diarios en su sección social contribuirán a dar mayor realce a los acontecimientos.

¿Y en el otro extremo?, todo es tragedia, dolor, pobreza y angustia... carencias, endeudamiento y súplicas. La enfermedad empobre-

ció más a la familia, y esa amarga compañera llamada miseria sentó sus reales en el hogar y día a día hundió más su garra en las laceradas carnes de la familia; ahora muere el enfermo o el accidentado, o la víctima del hampa que nos envuelve, y surge un episodio que requiere solución con plazo perentorio, ¡veinticuatro horas cuando mucho! Aquí sólo habrá un cajón cualquiera, pero cuesta mucho; ¿el velatorio?, la habitación de la familia y uno o dos cirios, y al otro día a esperar el transporte gratuito para el cuerpo y para algún familiar. Al fin, una fosa pobre hecha con precipitación, un simple agujero alargado en algún rincón del camposanto y como homenaje, en lugar de flores y coronas, gritos y lágrimas... la muerte fue la gota que derramó el vaso ya colmado de sufrimiento, de miseria y desesperanza. Ahora hay que llorar todo junto ¡que importa lo que venga mañana, será lo mismo de siempre, sólo que un poco más! ¿Monumento?, ¿acaso no se sabe que la pobreza merece castigo y lo que más conviene es el olvido?

La muerte como fenómeno biológico es lo más natural, es hasta conveniente y se ha dicho que “es la mejor agencia de la vida”, sólo que para el ser humano tiene también implicaciones importantes como son la social, la afectiva y aun la económica, por ello requiere consideración desde otros puntos de vista, especialmente el de la seguridad social, y tratar de hacer de este suceso postrero y siempre doloroso algo que no aumente el sufrimiento de quienes quedan; dar por lo menos un epílogo digno para todo ser humano por pobre que sea.

Quitar a la familia del poderoso el afán de lucir galas y fomentar el comercio de la muerte sería difícil, siempre habrá quien aproveche estas oportunidades, pero para el necesitado es urgente extender los servicios de salud hasta el acto final de la existencia para preservar en la medida de lo posible la dignidad del fallecido y la salud mental de los deudos. Que los buitres coman donde sobra la carne, pero que no se pisotee el dolor y la miseria del desamparado que no puede pagar un elevado precio por un funeral sencillo.